

Detrás de las noticias



Alan Stoga
Presidente de Zemi
Communications,
www.zemi.com

LOS TITULARES empeoran día a día. Mientras las causas varían –inestabilidad política en el Medio Oriente, amenaza de guerra en Nigeria, incesante enfrentamiento en Irak, la toma de Yukos por el Presidente Putin, huracanes en el Golfo de México– el resultado es el mismo: los altos precios del petróleo amenazan con seguir subiendo.

Sin embargo, estos acontecimientos son los síntomas más no las causas. Los años de estabilidad en el precio del petróleo desincentivaron las inversiones en exploración, redujeron la urgencia de invertir en nueva infraestructura e impidieron que los gobiernos se concentraran en mantener condiciones favorables que permitieran a las petroleras, tanto privadas como estatales, expandir sus reservas de energía. Cuando finalmente la economía internacional comenzó a crecer, la demanda energética aumentó repentinamente y los precios del petróleo se tornaron vulnerables a los problemas que hoy aquejan a la mayoría de los países productores de petróleo. Aun si parte del vertiginoso aumento a US\$ 50 por barril fuese causado por especuladores, no cabría duda que las variables que determinan la oferta y la demanda cargarían con mayor parte de la culpa.

Vivir con el petróleo a US\$ 50 es posible, pero, ¿qué pasará si los precios continúan aumentando? ¿Cuál es el nivel de precios que hará colapsar a la economía mundial? ¿Hemos ingresado en una dinámica en la cual sólo una recesión hará bajar los precios del petróleo? La buena noticia es que al mundo no se le están acabando los hidrocarburos. La mejor noticia es que muchas de esas reservas se encuentran lejos del Medio Oriente y de África. Están aquí, en América.

Lo que muy pocos saben es que América Latina está dotada de inmensas reservas de energía, sin explotar. Se ha comprobado la existencia de 118.000 millones de barriles, lo que nos ubica en segundo lugar después del Medio Oriente, mientras que las reservas de gas son de 270 billones de pies cúbicos. Esto representa alrededor del 12% de los hidrocarburos comprobados a nivel mundial y presenta, además, sólidas razones para creer que el potencial es considerablemente mayor. Actualmente, la producción es sólo del 3,3% de las reservas comprobadas, en comparación con una razón de producción-reservas del 15% de Canadá y un 9% de EE.UU. Queda claro que el enorme depósito de reservas en América Latina podría soportar una producción mucho mayor.

En realidad, según los expertos, la región –que hoy produce 10,5 millones de barriles por día y que exporta la mitad de esa cantidad– podría estar produciendo 19 millones por día para el año 2020. Por supuesto que aumentos

tan espectaculares en la producción requerirían aumentos igualmente espectaculares en las inversiones: se necesitarían US\$ 8.000 millones por año, aproximadamente, en la próxima década para poder duplicar la producción.

Pero el capital no es el problema; las petroleras frecuentemente invierten miles de millones de dólares en áreas de mucho mayor riesgo que América Latina. Las empresas de energía del sector privado han demostrado su entusiasmo por invertir en Latinoamérica, incluso en Cuba. Y los mercados no dudaron en proporcionar flujos masivos de capitales a las petroleras estatales en Venezuela, México y en otros países. El problema real es encontrar la voluntad política para crear y sustentar las condiciones que les permitirán a las empresas petroleras, ya sean estatales o privadas, encontrar, desarrollar, producir y comercializar las riquezas de los hidrocarburos de la región.

Desafortunadamente, los antecedentes de Latinoamérica no son buenos y aún pueden empeorar. El reciente anuncio de Venezuela sobre un aumento de 16 veces en las regalías de cuatro proyectos en el Orinoco, las deliberaciones de Bolivia sobre el estrepitoso aumento de impuestos a las actividades existentes de producción, y el rechazo de Ecuador a las propuestas que permitan las inversiones privadas en el sector petrolero, constituyen el tipo de cosas que conducen a una exploración y producción menor en lugar de una mayor.

Los países que cuentan con compañías petroleras estatales administran con demasiada frecuencia dichas empresas para maximizar la influencia política, en lugar de maximizar las reservas y el crecimiento de la producción. Asimismo, algunos de los países que se encuentran abiertos a las inversiones del sector privado no ofrecen suficiente seguridad contractual, retornos competitivos a nivel internacional o un marco regulatorio predecible.

Es de interés de todos revertir esta situación. Es hora de utilizar el espiral de alzas de los precios del petróleo, el cual constituye una amenaza para algunos y una oportunidad para otros, para crear un diálogo abierto en el hemisferio, que incluya tanto al sector privado como al público, sobre el futuro energético de las Américas. El objetivo debe ser definir las condiciones necesarias para explorar y producir las reservas de petróleo y gas de la región. Sin duda, a nadie le gustarán todas las respuestas que saldrían de una conversación semejante. Todas las partes tendrán que comprometerse para movilizar el capital, la tecnología y la infraestructura necesarios para asegurar que la energía contribuya y no amenace la prosperidad de la región. Al menos para Latinoamérica, con todos esos barriles de petróleo y gas esperando ser extraídos, éste es el problema más fácil de solucionar. ■